Ἀποκαρτερῶν

«Del mismo Hegesias, al que me acabo de referir, hay un libro titulado *Apokarterōn*, en el que un hombre que quiere morir de hambre es disuadido de su intento por sus amigos». M. T. Cicerón, ***Disputas tusculanas (I, 34).***

I

Desde niño, Elías había sentido asco por las mesas familiares. El roce de los cubiertos, los ruidos de las mandíbulas triturando el alimento, la grasa brillando sobre los labios de los comensales: todo aquello le parecía un espectáculo indecoroso.

Durante su adolescencia, anotó una vez en su diario íntimo: *La deglución es la antesala de la defecación. ¿Qué diferencia hay entre ver a alguien comer y verlo defecar? Solo la costumbre ha hecho soportable lo primero. Pero analizadas objetivamente, ambas acciones son repugnantes y de mal gusto. Y, de hecho, la segunda supone necesariamente a la primera.*

Al cumplir los treinta años, tomó una decisión irrevocable: jamás volvería a comer en compañía de alguien. No quería ver a nadie comer, ni que lo vieran a él ingiriendo alimentos. Y tan grande era su aprensión con respecto a este tema, que, antes de las comidas, cerraba las ventanas de su pequeña vivienda, y corría las cortinas por temor a ser observado por alguien desde afuera mientras se alimentaba.

Una noche, dejó escrito en un cuaderno la siguiente reflexión: *Nos nutrimos de muerte. Todo lo que nos llevamos a la boca es el cadáver de algo que alguna vez estuvo vivo (y al diablo con las zonceras del veganismo. ¿Acaso las plantas no son seres vivos, con tanto derecho a existir como los animales o las personas?).*

Otro día, siguiendo en la misma línea de este razonamiento, anotó: *Nuestras fauces son como tumbas... Y nuestros estómagos son crematorios, que, en lugar de fuego, utilizan jugos gástricos para incinerar los cadáveres descuartizados que nos nutren y nos sostienen.*
Las personas de su entorno (amigos, parientes, etc.) lo invitaban de vez en cuando a diversas celebraciones (cumpleaños, bautismos, bodas), pero él siempre rechazaba las invitaciones. En una ocasión respondió de manera bastante descortés a un amigo que se había puesto un poco insistente para convencerlo que asista a una cena de fin de año: “¿Quieres verme comer? Entonces después quédate a ver cómo evacúo en mi retrete, porque una cosa conduce inexorablemente a la otra”.

II

Con el correr de los años, esta actitud beligerante y singular lo fue aislando cada vez más de la sociedad. Y este creciente aislamiento fue dando pábulo a su demencia. Una tarde de febrero, renunció a su trabajo y se recluyó en su casa. Durante más de dos meses nadie lo vio salir de su casa. Un día un vecino pasó por al lado de la vivienda de Elías, y sintió un desagradable tufillo, que se filtraba desde el interior a través del resquicio y de la holgura entre la puerta y el suelo. Sospechando que algo no andaba bien, toco el timbre de la casa de Elías tres veces, pero nadie respondió al llamado. Anoticiado este buen

vecino de los rumores que corrían en el barrio sobre la salud mental de Elías, optó por dar aviso a las autoridades. Al ingresar la policía, encontró a Elías desplomado en el piso. Su cuerpo presentaba una delgadez espantosa. Tenía la piel tensa sobre los huesos, los ojos hundidos, y los labios quebradizos. El ambiente de la vivienda estaba cargado de un aire denso que impregnaba todo el mobiliario. Las ventanas y la puerta de atrás que daba a un pequeño patio estaban herméticamente cerradas, y todo parecía estar en orden. No había indicios de lucha, ni faltaban objetos de valor. En el escritorio de Elías había una costosa computadora portátil, y un celular nuevo cuyo valor debía rondar los mil dólares. También se encontró un reloj de oro en la mesita de luz, y 20.000 dólares en una caja de zapatos. Posteriormente el informe forense llegó a la siguiente conclusión: el difunto no presentaba golpes, perforaciones, ni heridas que revelaran algún tipo de violencia ejercida sobre su cuerpo antes de morir. Al parecer, la causa de la muerte habría sido un prolongado ayuno voluntario.

Descensus ad inferos

I

El Conde Agustín de Valmont había perdido a Isabela, su esposa y compañera, y con ella toda razón de existir. Desde aquel día, su castillo se había transformado en un silencioso mausoleo. Los tapices antiguos y los retratos de los antepasados del Conde susurraban historias sobre la gloria y la decadencia de su estirpe. Los candelabros de hierro forjado proyectaban sombras que se enredaban en cada rincón de piedra.

Agustín caminaba cabizbajo por los corredores del castillo en penumbra. Vagaba de habitación en habitación, rozando los muebles tallados en roble oscuro, inhalando el aroma de los libros en la biblioteca o de las flores de su alcoba. A veces, en su extravió, creía escuchar murmullos que venían de las galerías del enorme castillo. Cada recuerdo de Isabela era como una herida abierta. Recordaba la curva perfecta de sus labios, sus senos turgentes, su cintura estrecha, la ebúrnea blancura de sus dientes, sus cabellos negros cayendo en ondas sobre sus hombros, su cuello de cisne, la calidez de sus manos, el timbre de su voz. Cada representación o imagen de Isabela, rescatada de las corrientes del Leteo por la memoria del Conde, era como una daga que traspasaba su corazón.

II

Una noche de tormenta, impulsado por el dolor y la desesperación, descendió hasta el cementerio familiar con una pala y un martillo, y deteniéndose ante la lápida de Isabela, comenzó a cavar. Los cipreses negros se retorcían bajo el viento huracanado, y los relámpagos desgarraban el cielo como cuchillas de plata, iluminando por breves instantes la negrura de la tierra húmeda. Con manos temblorosas, levanto la tapa del ataúd, y con gran esfuerzo, cargo sobre sus hombros el cuerpo amortajado de Isabela y se dirigió al castillo. Cada ráfaga de viento parecía un susurro de advertencia que su mente no escuchaba.

El castillo estaba en penumbras. Todos los sirvientes dormían hacía ya largo rato. Los candelabros de hierro, cuyos brazos retorcidos proyectaban luces danzantes sobre muebles de caoba oscura, alumbraban tenuemente los tapices bordados con escenas mitológicas. Habiendo ingresado a la alcoba, deposito el cuerpo de Isabela sobre las sabanas de terciopelo carmesí del lecho conyugal. Los ángeles tallados en la cabecera de la cama, parecían testigos mudos del nefando sacrilegio perpetrado por el conde. Luego, Agustín volvió a salir en medio de la tormenta para tapar la tumba. Bajo el cielo plomizo, el conde podía escuchar su corazón golpeando en su pecho como un tambor. Terminada la labor, volvió exhausto a la alcoba, cerró la puerta con llave, y se acostó junto al cadáver de su esposa.

III

A partir de esa noche, prohibió a sus sirvientes entrar a su alcoba (la cual cerraba siempre con una llave que llevaba siempre consigo). Durante el día, el Conde llevaba una vida casi normal. Pero por las noches, se encerraba en su alcoba y daba rienda suelta a un delirio febril. Como un poseso, o alguien que ha caído en un trance hipnótico, contemplaba el cuerpo de Isabela durante horas. Por momentos, creía percibir un leve temblor en el cuerpo que él confundía con un suspiro. Su mirada se fijaba con suma atención en cada parcela de su carne, en cada pliegue de la piel, en cada vaso sanguíneo que cedía a la muerte y a la descomposición. Agustín, que era un hombre familiarizado con la filosofía natural, relataba a Isabela (como si ésta pudiera oírlo) los pormenores del proceso de putrefacción que avanzaba sobre su cuerpo frio e inerte. Refería a la autolisis que disolvía los tejidos, a la licuefacción ocular *post mortem*, a las distintas tonalidades que la piel iba adquiriendo con el correr de las horas. Las miasmas fétidas y deletéreas que se desprendían del cuerpo de Isabela eran para el conde como un incienso infernal. Y los zumbidos de los insectos necrófagos, sonaban a sus oídos como una macabra sinfonía. De a ratos, su mirada se fijaba en la boca abierta de Isabela (la misma que antaño le había prodigado tantos besos, y de la que ahora fluía un líquido negruzco), y le parecía que de ella brotaba un extraño murmullo que le

transmitía (en una lengua que solo él podía comprender) algún arcano secreto sobre el mas allá. Toda la escena se asemejaba a una siniestra liturgia en la que el conde oficiaba de sumo sacerdote. A veces, en medio de la observación hipnótica de la carne deshaciéndose antes sus ojos, emergían recuerdos de Isabela en la plenitud de su vida. El Conde recordaba su boca, que con avidez buscaba la suya, la suavidad de su piel que el recorría con las manos, el calor de su cuerpo apretado contra el suyo en las noches en las que el deseo era el único soberano, y ninguna practica amatoria estaba prohibida. Los recuerdos de Isabela se confundían con la visión de su marchito cadáver, y Agustín se estremecía de terror y de éxtasis. La sublime belleza, el deseo erótico, y el horror de la podredumbre se fundían en el alma del conde (como si fueran aspectos diferentes de una misma realidad).

El Conde se sentía como el habitante de un universo que nadie más que él podía habitar. En su extraviada mente, la realidad se disolvía en capas, y el mundo exterior, con su lógica, sus leyes y prohibiciones se habían tornado en un eco distante que ya no lo alcanzaba. Naturalmente, semejante estado de cosas no podía durar mucho tiempo.

IV

Los sirvientes del castillo, preocupados y asustados por los olores y los murmullos

nocturnos que provenían de la alcoba del conde, decidieron dar aviso a las autoridades.

Una noche, mientras Agustín contemplaba a Isabela, un coro de voces desconocidas exigía entrar a la habitación. Los oficiales tiraron la puerta abajo e irrumpieron en la habitación, linternas en mano. Las luces, disipando la penumbra de la alcoba, alumbraron la aborrecible escena. Agustín estaba sentado junto al cadáver abotagado y descompuesto de su esposa. El olor que se respiraba en el ambiente era nauseabundo. El más joven de los oficiales retrocedió tapándose la nariz con un pañuelo. El conde contemplo a los oficiales con mirada alelada, sin entender quiénes eran aquellas personas o que hacían allí. Cuando lo aprehendieron, no ofreció resistencia ni intento explicar nada. Resultaba evidente hasta para un lego en materia de psicología, que el pobre conde, atormentado por su perdida, había cortado los lazos que unen a la persona normal con una realidad compartida por los demás.

Fue trasladado a una celda del manicomio local. Pero las blancas paredes de su celda y la vigilancia constante no hacían mella en su mundo privado. El dolor, la obsesión y la locura habían formado un tejido que lo aislaba de la realidad. Y en ese universo privado, el conde, luego de la caída del sol, era reconfortado cada noche por la visita de su amada Isabela. A pesar de que todo aquello no era más que una

emanación de su cerebro enfermo, Agustín (que no estaba consciente de su patología) era feliz en su delirio. En ese universo fraguado por su ardiente imaginación, el objeto de su amor estaba ahora a salvo del frio abrazo de la muerte.